

Los campesinos vascos en América y sus descendientes argentinos*

(Basque peasants in America and their Argentine descendants)

Garciarena, José María

[BIBLID 11136-6534 \(1986\) 21-7, 24](#)

Descripción de las condiciones de vida y de trabajo de los agricultores y pastores vascos y de sus descendientes en las regiones semidesérticas de la Argentina. De fácil aclimatación, el inmigrante vasco no tarda en convertirse en un "gaucho con gorra de vasco". En los últimos párrafos se alude a la influencia que han tenido en Argentina los trabajos teóricos y la labor práctica de Arturo Campión y de Sabino Arana-Goiri.

Argentinako erdi basamortuko eskualdeetan kokaturiko euskal nekazari eta artzainen, eta haien ondorengoen bizimolde eta lan baldintzen deskribapena. Euskal emigrantea, edonongo girora moldatzeko on, luza gabe "gaucho con gorra de vasco" bilakatu zen. Lanaren azken paragrafoetan, Arturo Campión eta Sabino Arana-Goiriren lan teoriko eta praktikoek Argentinan izan duten eragina aipatzen da.

Descriptions des conditions de vie et de travail des agriculteurs et bergers basques et de leurs descendants dans les régions semi-désertiques d'Argentine. L'immigrant basque s'acclimata rapidement et devint bientôt un "gaucho con gorra de vasco". Les derniers développements de ce rapport ont trait à l'influence qu'ont eu en Argentine les travaux et l'action d'Arturo Campión et de Sabino Arana-Goiri.

* BIAEV 1955, nº 22, p. 128-138.

1.— Desde las épocas del descubrimiento y la conquista figuran nombres vascos en la historia de América. Quienes los llevaban fueron los marinos y capitanes al servicio de la corona de Castilla que surcaron los mares desconocidos y exploraron las tierras ignotas en busca de aventuras, honores y riquezas. Repetían la hazaña de otros compatriotas que ya en siglos anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, dejando en la primera juventud el solar nativo, marcharon al extranjero, a los cuatro vientos del horizonte, y sembraron de apellidos éuskaros todos los reinos de la península ibérica. Algunos de los que vinieron al nuevo continente alcanzaron fama y notoriedad como descubridores, conquistadores y fundadores de ciudades. Pero partieron siempre de la misma patria a título individual, aisladamente, en la misma forma en que lo hicieron, durante el período colonial, otros vascongados que desempeñaron elevados cargos en los virreinos, capitanías generales y gobernaciones de América. Llegaron algunos a afincarse y a ser cabezas de nuevas estirpes en los países que administraban, estableciendo allí, validos de la vocación racial para las cosas prácticas de la vida, empresas comerciales e industriales que generalmente resultaron prósperas. Es éste el origen de los apellidos vascos con vieja raigambre americana. Mas es necesario remontarse al primer tercio del siglo XIX para comprobar que fue entonces cuando se canalizó una intensa corriente inmigratoria desde el País Vasco hacia ultramar y principalmente hacia las comarcas del Río de la Plata.

No hay duda que motivos de índole económica determinaron la emigración de los euskaldunes del Norte del Pirineo y que las mismas causas, agravadas por las desastrosas consecuencias de las guerras dinásticas españolas, que asolaron el país, originaron la partida de los vascos del Sur de la cordillera. Pero es preciso no olvidar que junto a esos factores económicos debieron influir otros, morales, al que no es ajeno el espíritu emprendedor, un tanto aventurero y ambulatorio, propio de la raza. Como tampoco cabe desestimar los efectos producidos por la práctica secular de algunas instituciones características del derecho vasco, como la libertad de testar completada con la costumbre de mantener indiviso el patrimonio de la familia, con la casa solar y sus tierras en poder de uno solo de los descendientes, erigido por donación propter nuptias o por disposición de última voluntad, en jefe de la casa y titular del derecho de propiedad sobre el fundo familiar. Esta sabia institución, que permitió la ilimitada continuidad de los linajes, asentados en el dominio ancestral, aplicada a un país que es pequeño y que jamás fue rico y sí, en cambio, poblado de hogares prolíficos, no pudo sino acicatear el afán andariego de los hijos excluidos por la voluntad paterna y por la exigüidad de los bienes familiares.

2.— Las tierras donde asentaron su planta los emigrantes vascos eran, por aquella época, semidesiertas. Ni había en ellas otra riqueza que la del suelo ubérrimo y la de los ganados numerosos que sobre él vivían; la de los inmensos campos del pastoreo admirablemente dotados por la naturaleza para la explotación ganadera y la de los terrenos vírgenes de labranza. No es extraño, por tanto, que estos países agropecuarios por excelencia constituyesen un verdadero Eldorado para aquellas gentes oriundas de los Estados Vascos y dedicadas, desde que de ellas hay memoria, al cultivo de la tierra y a la crianza del ganado.

Y es así que el grueso de la inmigración vasca al Río de la Plata estuvo formado por campesinos, labradores y pastores de los montes y de los valles de Euzkadi, hijos, nietos y

bisnietos de labradores y pastores. Provenían de los viejos caseríos cuya historia, con el nombre de la familia, se pierde en la noche de los tiempos. Eran baserritarras, hijos de “casas pobladoras”, eminentemente campesinos, campesinos esenciales e integrales, salidos del solar mismo de la raza, de la fuente prístina de la nacionalidad, absolutamente libres de toda cruz o contaminación desde el doble punto de vista físico y moral, racial y espiritual.

3.— Cuando comenzó la corriente inmigratoria vasca, los dos países rioplatenses que la recibieron, la Confederación Argentina y la Banda Oriental de Uruguay, pocos años hacía que habían sacudido el yugo colonial y se debatían en las convulsiones inherentes al nacimiento de todo pueblo. Eran democracias embrionarias e inorgánicas, que políticamente fluctuaban entre la anarquía y la tiranía. Los centros a que llegaba la autoridad efectiva del Estado eran la capital y las escasas y pobres aldeas del interior. El resto era el desierto salvaje, recién en vías de incipiente conquista por la civilización. A corta distancia de Buenos Aires comenzaba la “línea de frontera”, aquella frontera interior, divisoria con el dominio indio, que tantos esfuerzos y tanta sangre costó al país para defenderla, extenderla y eliminarla al final. Esa divisoria con el dominio bárbaro estaba jalonada por los fortines, que la fijaban y la guarnecían. Desde ella hasta la ciudad capital, las costas del Río de la Plata y el mar se extendía el país argentino real y efectivo; más allá de los fortines había una Argentina meramente nominal, convencional.

4.— La primera de ambas zonas era pequeña y en ella se estrechaban los habitantes de la campaña en estancias reducidas, cubiertas de ganado hasta el exceso. Poco espacio quedaba allí para los vascos recién venidos que por su índole y preferencias y por la escasez de puestos vacantes no encontraban ni deseaban ocupación en la ciudad. Fue necesario, pues, internarse en el desierto. A él fueron los vascos. A él fueron sin más bagajes ni preparación que su instinto de campesinos, su fortaleza física y moral, su inquebrantable voluntad de vencer y su innata adaptación a la soledad. Esta última particularidad les fue bien útil, por cierto, y cabe reflexionar un tanto acerca de ella. Provenían los inmigrantes vascos de caseríos aislados, el característico régimen de población de Euzkadi que tan distintivo sello ha impreso en el alma de sus gentes. El inmigrante vasco no pudo extrañar la soledad de la pampa que, aunque con modalidades diferentes, debió recordarle la soledad de su tierra natal. Estaba bien preparado el vasco para la escasa vida de relación, y si bien en el desierto careció hasta de las pocas expansiones dominicales que la vida aldeana le deparara, el amplio horizonte, al parecer infinito, la pródiga tierra sin límites que se le ofrecía han de haber obrado en su ánimo a modo de compensación, al resaltar con dimensiones desmesuradas frente al recuerdo de los valles estrechos, de las cortas fanegas y de los prados exiguos que quedara prendido en un rincón de su memoria.

El nuevo medio ambiente impondría bien pronto al campesino emigrado exigencias de orden práctico determinadas por sus peculiaridades locales. Y cuanto más extrañas y desusadas fueran ellas, al requerir del vasco que pusiese en juego todas sus potencias anímicas, empeñándole en la tarea de dominar las dificultades y superarlas, tanto más contribuirían a distraer su mente y a ahuyentar la añoranza del hogar lejano. Fue necesario adaptarse o perecer, y con admirable flexibilidad el vasco supo amoldarse a su nueva vida.

Encontró en esta parte de América un elemento favorable: el clima. Un clima saludable y templado, sin las endemias ni los rigores del trópico y en parte un clima templado-frío, muy semejante, salvo en su mayor versatilidad, al del Pirineo. Vale decir que el organismo del inmigrante no tuvo ocasión de resentirse ni hubo de sufrir un largo y doloroso proceso de adaptación, que casi siempre se logra con desmedro de las mejores calidades físicas y morales del individuo. El clima y también el régimen alimenticio –sano más que suficiente éste– contribuyeron decisivamente a que el vasco siguiera siendo racialmente vasco en el Río de la Plata.

Así, pues, el inmigrante rápidamente se acriolló, se agachó. Cambió en lo exterior, en el indumento. Trocó las alpargatas por las botas de potro, guarnecidas de espuelas –casi siempre espuelas “de fierro”, de trabajo, aunque más tarde conoció las nazarenas de plata–; el pantalón por el chiripá y ciñó a su cuello la golilla, el pañuelo, que desde entonces fue para el vasco, como ya lo era para el criollo, abrigo contra el frío, resguardo contra el calor y el polvo, protección contra el sereno de la noche, prenda de trabajo y de viaje, de lujo, de fiesta y de paseo y hasta divisa de credo partidario... En su cabeza casi siempre conservó la boina y aunque ostentara amplio tirador tachonado de monedas sobre la faja, que junto con las demás piezas del ropaje criollo probaba su condición de hombre de campo, fue a menudo, según la expresión popular, “gaucho con gorra de vasco”.

También se hizo jinete, “hombre a caballo”, enlazador, pialador, domador y resero. No desconoció ninguno de los oficios de la pampa y de la faena ganadera, pero ante todo fue pastor, pastor de ovejas. Sin duda un recóndito anhelo de lejanías debió impulsarlo a marchar tierra adentro, tras el blanco rebaño, descubriendo cada día comarcas y paisajes nuevos, abrevándose en arroyos de nombre ignorado y plantando el real junto a lagunas sólo conocidas por las gamas y los venados, los flamencos y los cisnes. ¡Qué formidable sensación de libertad debió experimentar ante las primeras auroras que conoció en las salvajes tierras nuevas! Se le ocurriría un renacer a la vida en un quimérico país de ensueño, sin otro habitante que el propio protagonista, sus ovejas, sus perros y sus caballos. Goizeko Izarra que aparece por Oriente, el vasco contemplándola, reinando sobre los mundos, sobre los hombres, los animales y las cosas...

5.— Los cueros y la lana, los llamados, junto con la pluma de avestruz, “frutos del país”, durante muchos años constituyeron la única riqueza y el exclusivo producto de exportación que de la pampa se extraía. Había que cuidar de las ovejas, pues, ya que de ellas salía todo. Y los vascos, dejando la makila y montando a caballo, cuidaron sus grandes majadas argentinas con la misma prolija dedicación con que apacentaron sus cortos rebaños en Euzkadi. Fueron aquí, a la par de los irlandeses, los mejores y más solicitados pastores. Grandes estancieros hubo que sólo querían ovejeros vascos. Muchos se hicieron “puesteros al tercio”, habilitados en esa proporción sobre la majada a su cargo. Otros, con más holgados medios, o después de acumular algunos ahorros, prefirieron la mayor libertad del trabajo por cuenta propia y haciéndose dueños, exclusivos o coparticipando la propiedad de una majada, ocuparon con ella tierras fiscales, en arrendamiento a veces, a título de simple ocupación gratuita las más. La tierra, el campo, a fuer de abundante llegaba a carecer de valor y para los pastores vascos lo único que contaba eran sus ovejas. Tampoco requerían los pastores mayores cuidados. Cuando se agotaban por la sequía del verano o las heladas

del invierno o por el exceso de pastoreo, se los abandonaba y se buscaba otros nuevos. Y ante semejante régimen en cuanto a la tierra, ¿para qué hacerse esclavo de ella?, ¿para qué anclar definitivamente en la pampa cuando, por el contrario, libres de toda atadura, en cualquier momento era posible vender la majada, convirtiéndola en buenos patacones que abultasen en los bolsillos del tirador, y marchar a la ciudad, siquiera por una temporada? ¿Y quién sabe si aún no se iría más lejos, cruzando otra vez el mar, para volver a ver el viejo caserío y sus moradores siempre presentes en el recuerdo?

El deseo de retornar a la patria jamás olvidada obra en la conciencia de muchos inmigrantes vascos como una traba que les impedía hacerse propietarios. Adquirir tierras era como amarrarse por siempre a América y ellos no habían venido sino por unos años, siempre con la idea de volver a la amada Euskalerría, provistos de experiencia y de dinero, en condiciones de tomar estado y quizá hacerse señores de uno de tantos caseríos como se ofrecían por tan poco precio... Y fue así como muchos volvieron. Pero otros, en cambio, aquí fundaron sus hogares, eligiendo esposa generalmente entre mujeres de la propia raza. Entonces se establecieron. Ya como arrendatarios de las tierras que ocupaban, ya como propietarios; casi siempre en calidad de dueños, pues el vasco, en cuanto dispuso de medios, tendió a ser propietario de la tierra que trabajaba.

6.— Los vascos se hicieron estancieros. “Estancia de ganados” dicen los más viejos papeles coloniales. “Suerte de estancia” es la expresión aceptada más tarde en la jerga administrativa de la época para designar a determinadas fracciones de terreno en la parcelación de las tierras que, por conquistista, se atribuyó en dominio el gobierno de España y sus sucesor el Fisco argentino. Estancia, cierta extensión de campo en la que viven o “están” ganados; donde se sujetan, vale decir se amansan, se reducen, se domestican los ganados cimarrones. La estancia es el establecimiento agropecuario por excelencia en el Río de la Plata y en todos los territorios influidos por él, es decir casi toda Argentina, el Uruguay, el Paraguay, el Sur de Brasil, equivalente al “fundo” chileno, a la “fazenda” del resto del Brasil, al “hato” colombiano y venezolano, al “rancho” mejicano y a la “hacienda” de los restantes países iberoamericanos. Y “estanciero”, por supuesto, el dueño de la estancia. ¡Estancial! ¡Cuántas ideas y sentimientos sugiere y arrastra este vocablo en su acepción americana! Todo un régimen agrario, económico y social, un sistema de vida y una técnica agropecuaria. Y tiene también amplias resonancias espirituales y sentimentales. Los inmigrantes vascos se hicieron estancieros y ello, es natural, con todas las implicaciones del término, es decir que mejoraron económica y socialmente y cambiaron un tanto de fisonomía, adquiriendo un aire criollo, americano. Comenzó aquí la verdadera influencia de los euskaldunes en el campo argentino.

Aparte de la magna empresa de la conquista del desierto, terminada felizmente con la ocupación de la línea del río Negro por el general Roca al frente del ejército nacional, se puede decir que tres grandes hechos marcaron la historia del proceso agropecuario argentino. Cronológicamente guardan el siguiente orden: la aparición del alambrado, la exportación de cereales y la implantación de la industria frigorífica. Con el cercado de alambre se facilitó enormemente el progreso ganadero, acelerándose la mestización de las haciendas y posibilitando la implantación de métodos evolucionados y racionales en la crianza y engorde del ganado. El cerco de

alambre, empleado por primera vez por el hacendado británico D. Ricardo Newton en su estancia de Chascomús, adquirió bien pronto carta de ciudadanía en el país; aquí se perfeccionó y evolucionó de acuerdo a la experiencia y se le introdujo modalidades y detalles que hacen de él el vallado artificial técnicamente más perfecto que existe en el mundo. Los trabajadores vascos fueron grandes alambreadores. La dura tarea de cavar los hoyos en el suelo y de clavar en ellos pesados postes de madera dura, contra los cuales era preciso apisonar fuertemente la tierra; y la no menos penosa labor de extender y estirar hilos de alambre, intercalando varillas de hierro o de madera; la extensión de este trabajo por miles de leguas, requería brazos potentes, manos poderosas y ciertamente voluntades perseverantes en el esfuerzo. Los vascos dieron a esta labor la mejor mano de obra, al extremo de que épocas y zonas hubo en que el oficio de alambreador y la nacionalidad vasca fueron inseparables.

Por lo general los vascos no fueron agricultores en la Argentina. La expansión de la agricultura cerealera, que comenzó en realidad con las primeras exportaciones de granos, fue empresa que en el país acometieron colonos italianos, españoles, suizos en las primeras colonias que se fundó y rusos-alemanes en las de La Pampa y Entre Ríos. Los vascos, en el campo argentino, han sido y son fundamentalmente ganaderos: criadores de vacas y de ovejas, invernadores, caballeros y tamberos.

La conservación de la carne por medio del frío, la industria frigorífica que comercializó dicho procedimiento, abrió ilimitadas perspectivas a la ganadería, ofreciéndole una mejora substancial en los precios de su principal producto, que llegó a colocarse en cantidades crecientes en el extranjero. Fue éste un gran incentivo para la crianza de haciendas en su doble aspecto técnico y comercial.

Los estancieros ingleses fueron en la Argentina los insubstituíbles maestros de la moderna industria ganadera. Con su mercado metropolitano que absorbió nuestras carnes, nos abrieron las puertas de sus establecimientos productores de animales y de raza y en esta forma la mestización se extendió a los rodeos y majadas criollos. Pues bien; los vascos, a veces como empleados, peones, puesteros o capataces, y bien pronto ellos, a su vez, como estancieros, llegaron a ser grandes obreros en la empresa del refinamiento del ganado argentino, y sus servicios solicitados, apreciados y bien retribuidos. Y luego, en una etapa posterior, cuando el trabajo de hormiga del inmigrante vasco dio su fruto; cuando de simple peón pasó a patrón de estancia, en todas las zonas de nuestra mejor ganadería los vascos figuraron entre los primeros criadores, invernadores y cabañeros del país. El certamen anual de la Sociedad Rural Argentina que se celebra en Palermo y que tradicionalmente es la gran fiesta de la ganadería, consagra año tras año, entre los triunfadores, a una mayoría abrumadora de cabañeros vascos.

7.— En esta parte de América, para el euskeldun el case-río se llamó estancia, pero aquí como en Euzkadi, la vivienda rural, enclavada en medio de sus tierras, aislada de todas las demás, fue el hogar del campesino, su casa de labor, el abrigo contra la intemperie, el sitio de descanso. Fue eso y aún mucho más: el arrimo fogueral, el centro familiar, el punto de arranque de la nueva estirpe vasco-argentina. De las estancias, de las viejas estancias ya casi centenarias han salido los hijos y los nietos de vascos que pueblan buena parte del suelo argentino e integran una considerable porción de su nacionalidad.

Al ser muchos argentinos hijos o nietos de euskeldunes, vascos puros, es decir descendientes de vascos por ambas ramas, a pesar de las modalidades ambientales es natural que conserven los rasgos típicos, físicos y morales, propios de la raza y en su gran mayoría tienen inclinación atávica por la vida rústica y la industria ganadera. Claro está que el progreso económico ha impuesto cambios, pero estos son más aparentes que reales y es tan poderosa la corriente ancestral que muchos vasco-argentinos, formados en el estudio e iniciados en la cultura, siguen siendo en el fondo de su alma tan substancialmente campesinos como el abuelo baserritarra.

En la Argentina han formado los hijos de vascos una típica clase media; mejor dicho han engrosado la gran clase media característica del país. Es conocido en el País Vasco el afán de mejora y superación que, en todos los órdenes, sienten los campesinos. Así, hacen los sacrificios necesarios para que los hijos vayan a la escuela y se instruyan y, si es posible, adquieran cultura superior. Idénticas aspiraciones mostraron los vascos en América, favorecidas ellas, por cierto, por las facilidades que ofreció una bolsa mejor provista y la más amplia colaboración por parte del Estado.

El ambiente de simpatía que encontraron los vascos en la Argentina fue siempre extraordinario. Aquí a los vascos se les aprecia y se les ama sobre toda ponderación. ¿Y qué decir de los argentinos hijos de vascos? En el país, llevar un nombre vasco es como portar una credencial, la mejor recomendación para ingresar en cualquier círculo o participar de cualquier actividad. Y todo aquel que puede ostentarlo se honra de ello. Tal sucede en todas las clases sociales, desde las más encumbradas hasta las más modestas. Quiere decir, que los descendientes de vascos tuvieron y tienen aquí abiertas todas las puertas y franqueados todos los caminos. Los hijos de la inmigración vasca entraron en la Universidad y en ella cursaron carreras que los habilitaron para el ejercicio de todas las profesiones liberales. Fueron médicos, abogados, ingenieros. Otros se dedicaron al comercio o a la industria. La evolución del país fue paralela a la del grupo social que ellos integran. Como típicos representantes de la gran clase media argentina, comenzaron hace años a formar en los elencos dirigentes de los partidos políticos tradicionales, desde los cuales pasaron, a su hora, a desempeñar funciones públicas en los tres poderes del Estado. Son los hijos de vascos en el gobierno de América, vascos de sangre, argentinos por su formación y también por ella vascos, ya que es imposible distinguir los elementos vascos de los factores argentinos que integran su personalidad.

8.— En estas familias vascas de América, en el sagrado del hogar privaron siempre los sentimientos, las costumbres y las ideas de sus fundadores. La misma vida relativamente aislada que llevaban en la estancia familiar, identificó más a los individuos con ese complejo acervo que constituye el genio de la raza. El padre y la madre vascos hablaban generalmente en euskera y así aprendieron la lengua, de labios de sus padres, los hijos nacidos en la Argentina. También aprendieron, por cierto, el español, idioma que mejoraron en la escuela y, que, como es lógico, se impuso luego, en el trato con extraños. Aprendieron también a rezar y a cantar en vasco, pero no a leer y escribir. Con todo, la mayoría de los hijos de vascos nacidos y criados en el campo poseyeron y no olvidaron la lengua de sus padres. Pero la muerte de éstos aparejó también, por lo regular, la lengua materna. Fue ésta gran desgracia, sin duda, pero si bien se ve, absolutamente inevitable. Los emigrados carecían de cultura; eran casi siempre analfa-

betos, y aún los que llegaron a adquirirla vivieron y murieron —al igual que muchos de sus antepasados y contemporáneos— en la más absoluta ignorancia del tesoro lingüístico que poseían. Pertenecieron a aquellas generaciones de vascos que pasaron sin tener conciencia clara de su nacionalidad. Fueron vascos casi sin saberlo.

Sin embargo y a pesar de esta verdad irrefragable y dura, los caracteres raciales y nacionales se presentaron con tal relieve, fue tan honda la marca que el pueblo vasco puso en sus hijos que a los hogares vasco-argentinos pasó íntegro el fondo de creencias, de sentimientos, de costumbres, de ideas y de gustos propio de los fundadores. Así, la profunda fe cristiana permaneció inmovible, pese a la escasez de culto y de clero, a la lejanía de la iglesia, pues en casa se aprendió a rezar de labios de la madre o de la abuela, como también los rudimentos de la fe y los principios fundamentales de la moral de Cristo, que enseñaban los mayores tanto con la palabra como con el ejemplo y entre ellos la práctica de las dos virtudes fundamentales y características: la moralidad y la probidad.

Los inmigrantes vascos, a pesar de que en muy contados casos aceptaron la ciudadanía argentina que se les ofreció generosamente y a la que, por cierto, hubieran tenido derecho después de treinta, de cuarenta o de cincuenta años de residencia fecunda en el país, guardaban, en lo profundo del alma, un noble agradecimiento hacia la tierra que los había acogido con los brazos abiertos. Jamás se desentendieron de sus problemas, ni hicieron oídos sordos a sus reclamos, ni disimularon sus desgracias, sus dificultades o sus quebrantos. Por el contrario, supieron amarla con profundo y reconocido amor, que se esforzaron en inculcar en sus hijos, junto con las otras virtudes raciales, tan consubstanciadas, por lo demás, con el ideario que presidió a la formación de la Argentina. Ellas pueden resumirse en una: amor a la libertad, la libertad como derecho inalienable del hombre, por cuyo logro todo debe darse y al cual todo debe estarle supeditado, la fortuna, la tranquilidad, el bienestar, el hogar, la familia, la vida misma, ya que todos ellos son valores que cuentan sólo en función del valor fundamental que es la libertad.

Estos principios han sido guardados celosamente, religiosamente en el seno de los hogares vasco-argentinos.

9.— Casi desde sus comienzos, a fines del siglo pasado, el renacimiento vasco tuvo repercusión en la Argentina. Se conoció, se estudió y se admiró aquí la vida y la obra de los grandes espíritus que se erigieron en campeones de la cruzada de redención. Y aún antes de que el renacimiento cristalizara y estallara en Euzkadi, ya el patriotismo vasco se hizo presente en América, exteriorizando su protesta ante los atropellos legislativos que atentaron contra los derechos del país. A tal fin obedeció, por ejemplo, la fundación de la más antigua sociedad vasca, el *Laurak-Bat*, cuyo solo nombre es afirmación de patria y de nacionalidad. En su dirección han alternado y colaborado vascos y descendientes de vascos, unidos por unos mismos principios e inspirados en idénticos anhelos.

La obra ciclópea de Arturo Campión, el patriarca de las letras vascas, aquí ha sido conocida, estudiada y comentada y ha servido de elemento preponderante en la formación de muchos argentinos.

También la prédica inflamada del Libertador Sabino de Arana Goiri halló eco en los corazones de los vascos de este lado del mar, y el fundador, líder y mártir del nacionalismo encontró en la Argentina prosélitos numerosos y entusiastas.

Como justiciero homenaje a su persona y a su obra, debe ser recordado aquí el Dr. Tomás Otaegui, vasco-argentino que puso al servicio de la causa nacional sus muchas luces y sus mejores entusiasmos.

La emigración de los patriotas vascos, producida a raíz de la invasión y de la ocupación de Euzkadi, causó una nueva sacudida en el ambiente vasquista y ha traído un apreciable aporte a la obra de la formación nacional de los vasco-argentinos.

Se ha cumplido y se sigue cumpliendo una intensa tarea en el campo cultural, exaltando los valores del pueblo vasco y dándolos a conocer por todos los medios: libros, periódicos, conferencias, enseñanzas, práctica y difusión del euskera, cultivo de la música y de las danzas típicas y celebración de las fiestas tradicionales.

La Delegación del Gobierno Vasco que funciona en Buenos Aires, al unificar y respaldar todas las actividades vasquistas, cumple su misión con eficacia que excede de todo encomio.

El Instituto Americano de Estudios Vascos, la Acción Vasca de la Argentina y los numerosos Centros Vascos que se van extendiendo por todos los ámbitos del país, con la Federación de Entidades creada recientemente, hablan bien claro de la vitalidad del movimiento de expansión vasquista en la Argentina.

Todo ello significa que los vasco-argentinos no carecen de los elementos de juicio ni de los organismos de acción necesarios para aportar toda la contribución posible en favor de la gran causa del pueblo vasco. Ellos entienden que esta cruzada tiene un fin que puede ser expresado en pocas palabras: la exaltación de la nacionalidad. Saben que la gesta comenzó hace tres cuartos de siglo, en momentos en que el pueblo vasco agonizaba. Quienes la emprendieron —nombraremos otra vez y con admiración a Campión— diéronse cabal cuenta desde el comienzo que, después de un sueño de varios siglos, no había otro medio de salvar al pueblo vasco que iniciarlo en su propia cultura; mejor dicho, que organizar la cultura vasca, comenzando por academizar la lengua y crear la literatura necesarias. Salvado este instrumento, el idioma, el más precioso tesoro diferencial que los vascos poseen, todo el resto sería cuestión de tiempo y casi se puede decir sería dado por añadidura. Traída la lengua vasca del caserío remoto y escondido a la aldea, de ésta a la villa y de aquí a la ciudad, revalidada en sus elementos gramaticales y adaptada sabiamente a las necesidades de la vida moderna, quedaría en condiciones de rivalizar con los idiomas latinos competidores y ahí jamás podría temerse su muerte como lengua nacional.

Hay que ahondar en el estudio, la enseñanza y, si cabe, la codificación o, por lo menos, la publicación del rico derecho vasco, derecho viviente, por cierto, ya que hasta bien entrado el siglo XIX se aplicó íntegramente al Sur del Pirineo; sigue rigiendo parcialmente aún y en forma de costumbre apoyado en subterfugios legales, domina todavía gran parte de las relaciones de familia, al margen del derecho positivo extraño. Y en cuanto al derecho público, son tan vivas sus instituciones y tienen ellas tal raigambre en la profunda entraña, que bastaría el cese de la actual situación de fuerza para que todas ellas se restaurasen en su valor y en su pureza originarios.

El estudio profundo y científico del idioma, del derecho, de la historia, de la sociología, de la economía y de todas las otras ciencias en su aplicación al pueblo vasco, llevará fatal-

mente a la creación del centro de altos estudios que lo organice y prohija, la Universidad Vasca, que debe ser una meta cercana que es preciso alcanzar. En tal sentido los vascos-argentinos formulan un ardiente voto ante el VIII Congreso de Estudios Vascos.

En tal orden de ideas, todo lo que contribuya a mantener la pureza de la raza, fijando el hombre vasco de su tierra de origen, debe ser fomentado y apoyado; puestos de relieve y en práctica todos los valores, los usos y las costumbres vernáculos y típicos, apegándose a la tradición con vigor siempre renovado; restaurando los viejos caseríos, remozándolos sin demolerlos, agregándoles comodidades a tono con la época, a fin de hacer grata por todos los medios la vida en las casas solares aisladas, sin olvidar que ellas son la cuna de la estirpe y que es necesario salvar en primer término la fuente de donde han surgido los grandes valores nacionales.

Bregar por todo eso es trabajar por dar un contenido a la nacionalidad; mejor dicho, por mantenerlo o acrecentarlo. Lo demás es cuestión de nombres. Poco importa que el todo se llame Estado, Nación o simplemente País. La felicidad del pueblo vasco sólo podrá darse en función de su nacionalidad. Todo lo que ella tienda ha de ser apoyado, propiciado, encarado, exaltado.

Para esta lucha están prontos los vascos de la Argentina, ese millón de vascos por la sangre, por el sentimiento y por la convicción. Y sólo piden que, al ir a ocupar el sitio que en ella se les asigne, se les permita enarbolar dos enseñanzas: la celeste y blanca de Belgrano y otra formada por un poncho rojo de tejido pampa, sobre el cual cruzarán dos bandas verdes, que simbolicen los jugosos pastos de las llanuras, y otras dos blancas, como el color de las blancas ovejas argentinas.